

sutil espíritu de inteligencia de que habla Salomón, impulsóle su empeño de precisar y dar a la ciencia carácter riguroso y exacto, a enriquecer el tecnicismo escolástico con gran copia de vocablos y aun frases nuevas por él fabricadas, valiéndose de elementos latinos, según requería el caso. No se limita Escoto a impugnar ni argüir: tiene aliento para edificar también. No es maravilla que toda la Orden Franciscana recibiese por Doctor y maestro al hombre que sistematizó y dió forma escolástica—la forma científica de la Edad Media—a lo que hasta su advenimiento la tuvo principalmente artística, así en San Francisco como en Jacopone de Todi y San Buenaventura. Ni fué únicamente en el terreno de la razón donde los franciscanos pudieron seguir a Escoto sin desmentir las tradiciones de la Orden: en el de la teología le debieron también su mayor triunfo.

Nació Escoto el mismo año de la muerte de San Buenaventura. Inclinanse los antiguos autores a tenerle por irlandés, de Ultonia, aquel misterioso *territorio de la luz* adonde abordó el apóstol de Irlanda San Patricio (33). Sus padres eran pobres: hasta los ocho años de edad vivió apacentando ovejas. Llegaron dos franciscanos pidiendo limosna a las puertas de su alquería; vieron y hablaron al zagal, y hallaron que no sabía ni pronunciar una oración: le recitaron la dominical, y él la repitió sin vacilar al pie de la letra: enamorados de tan feliz memoria, pidieron el niño a sus padres, ofreciéndose a costear su educación y enseñanza; en el convento donde le recogieron vistió a su tiempo el hábito. Dicese que al comenzar sus estudios le parecían por todo extremo difíciles, y pidió a la Virgen, de quien era ya muy devoto, que, o le relevase del precepto de obediencia que le obligaba a aplicarse, o abriese su cerrado entendimiento: después de esta plegaria le acometió

sueño profundo, y al despertar halló tan clara y fortalecida la inteligencia, que ya ningún obstáculo le vedaba alcanzar lo antes inaccesible. Desde entonces ofreció consagrar su sabiduría a la gloria de la Virgen. Fué a Oxford, donde oyó las lecciones de Guillermo Varron, el *Doctor fundado*, y cuando éste pasó a la Universidad de París, Escoto le sucedió en su cátedra. En breve tiempo reunió más de tres mil oyentes, y la matrícula de Oxford, bajo su enseñanza, subió de cuatro mil alumnos a treinta mil. La fama del joven profesor volaba por toda Europa. Parece inconcebible cómo en tiempo de comunicaciones tan difíciles podía esparcirse el renombre de los sabios: ello es que se esparcía, y por oír a un filósofo o teólogo célebre, emprendíanse largos viajes, se cruzaban mares borrascosos e inhospitalarias comarcas, y no era desusado caso hallar por los caminos de Alemania o de Francia caravanas de estudiantes que se dirigían a Oxford para ver y escuchar a Dunsio Escoto. Contaba éste a la sazón veinticuatro o veinticinco años.

En Oxford escribió sobre Aristóteles, y nacieron sus áureos libros, *Primer principio* y *Teoremas*: en aquél, para convencer a los gentiles, concluye cuanto del ser y perfecciones de Dios puede por razón natural percibir el humano entendimiento; en éste reduce la teología a principios generales, y establece reglas para tratar de toda materia discutible. Antes había realizado sus grandes trabajos acerca de ciencias naturales; y al par que exponía la Escritura y adelgazaba la metafísica, ejercía el ministerio de la predicación con eficacia tal, que, dice un autor, sus sermones arrebatában para Dios los ánimos de los oyentes, como el arroyo lleva tras sí las menudas arenas. Atravesando un campo vió a un labrador que, al sembrar, se impacientaba y renegaba de las mulas de la yunta, y reprendióle.—“Padre—contestó

él con el sombrío fatalismo de la ignorancia,—¿por qué te cansas en predicarme? Yo sé que se ha de cumplir forzosamente lo que Dios dispuso; si es que me he de salvar, me salvaré por mal que viva; si condenar, me condenaré por bien que obre.”—“Entonces—dijo Escoto,—¿a qué labras la tierra? ¿Qué te importa que esos animales la labren bien o mal?”—Interesante es la anécdota, porque sirve de defensa a Escoto si alguien le acusase de extender en demasía la acción de la gracia.

La constante creencia de los antiguos Padres de la Iglesia en el misterio de la Inmaculada Concepción de María, se había no enturbiado, pero sí oscurecido, con las disputas originadas por el heresiarca Pelagio. Negaba Pelagio el pecado original, para no conceder la necesidad de la gracia; y con el fin de oponerse a su error, los Santos Padres insistieron en la universalidad del pecado original, eximiendo sólo a Cristo por haber sido concebido sin obra de varón. Mas al hablar de la Virgen, la otorgaron plenitud de gracia y lo demás que el dogma enseña, y reinó sin disputa por diez siglos la sentencia de su Concepción Inmaculada. Como en el siglo XI se celebrase en algunas partes su fiesta el día 8 de Diciembre, tal novedad despertó dudas, y surgió la discusión. San Anselmo defendió lo que se llama sentencia piadosa; la impugnó San Bernardo con ciertas restricciones. Trabóse la cuestión, dificultada por conceptos equívocos, hijos algunos de la atrasada fisiología de la época, y que ni breve ni oportuno sería mentar. En el curso del debate, la opinión piadosa tuvo contra sí a teólogos eminentes: los dominicos Alberto Magno y Santo Tomás, Enrique Gandavense, el agustiniano Egidio Romano, hasta los franciscanos Alejandro de Hales y San Buenaventura, si bien estos últimos mudaron de parecer más adelante, y Alejandro defendió en su *Mariale Magnum* la

pureza de María (34). Recientemente combatida desde mediados del siglo XII hasta fines del XIII, llegó la opinión piadosa a verse abandonada en las escuelas, y se refugió en los claustros, donde la oración y humildad mantenían viva la fe en las inefables maravillas de la gracia. Pero mientras la Universidad de París abrazaba la opinión menos piadosa, Escoto, aplicando a la teología sus doctrinas metafísicas sobre la voluntad de Dios, defendía en Oxford, con gran aplauso y auditorio, la contraria. San Buenaventura, con sus ardientes himnos de serafín, había suscitado la legión de franciscanos caballeros de la Virgen, dispuestos a romper lanzas por ella: la dialéctica de Escoto forjaba las armas para el torneo. En París, los franciscanos se alzaban frente a la Universidad, predicando y enseñando sin tregua la que desde entonces dió en llamarse *opinión de los Menores*. Acertadamente dice un autor contemporáneo (35)—que en aquellas épocas, contrapesada la diversidad nacional por la unidad eclesiástica, las Ordenes eran como vasta familia extendida por la superficie de Europa, y animada de unas mismas tendencias y aspiraciones, por lo cual la historia de las Ordenes doctas contiene la del entendimiento humano. Partidarios de la gracia, los franciscanos se declararon dondequiera en pro de la sentencia piadosa, con tanto celo que les valió ser tratados de herejes por sus antagonistas (36).

Sabedor Benedicto XI de las discordias que ocasionaba la polémica, ordenó una disputa pública en la Universidad de París, donde los franciscanos pudiesen defenderse. El gallego Gonzalo de Balboa, General de la Orden a la sazón, envió una patente al joven filósofo inglés, citándole a la lid y llamándole—“el amado en Cristo, Juan Escoto, de cuya loable vida, ciencia excelente, ingenio sutilísimo y otras altas prendas, ya por larga experiencia, y ya

por la fama que se dilata en todas partes, estoy plenamente informado".—No bien llega Escoto a París, pídenle, como ensayo de sus fuerzas, que sin darse a conocer argumentase en un acto que se celebraba en cierto colegio: entonces se refiere de él, como de Estrabón de Bayona, que uno de los asistentes exclamó:—"O eres ángel del cielo, o demonio del infierno, o Escoto de Duno."—Fijóse el día de la disputa solemne; se congregó la Sorbona; el Canciller introdujo a los legados apostólicos, y llenóse el recinto de inmensa concurrencia. Al dirigirse Escoto al palenque, cruzó ante una capilla, sobre cuyo pórtico se destacaba una escultura de la Virgen. Arrodillóse Escoto, y alzando los ojos a la efigie, dijo:—"Permite, Virgen sagrada, que yo te alabe; dame poder contra tus enemigos."—Al punto se inclinó, prometiendo ayuda, la cabeza de piedra de la estatua (37).

Observemos el espectáculo de la memorable disputa—uno de los más característicos de la Edad Media.—Merced al empleo de la lengua latina, que orillaba la dificultad de las distintas hablas, hasta doscientos doctores se reúnen para argüir sucesivamente a Escoto, quien sufrida la nube de saetas escolásticas, se levanta y repite de memoria todos los argumentos de sus contrarios por el mismo orden en que fueron propuestos. En seguida comienza a distinguir, desenredar, rebatir, pulverizar toda objeción. Bien como la luz polarizada se convierte en un haz de innumerables rayos luminosos, la dialéctica de Escoto se parte, se adelgaza, se sutiliza para atravesar aquella niebla de dificultades; finalmente, pronuncia el argumento decisivo de la voluntad y de la gracia: *Potuit, deuit, ergo fecit*.—Y cuando se calla, ya exánime, pero vencedor, álzase el auditorio de sus escaños; un clamor inmenso puebla los aires:—"¡Victor, Escoto!"—Se encienden luminarias; espárcese alborozada la gente; Escoto sale llevado como en triun-

fo, aclamado *Doctor Sutil*. Al día siguiente se junta la Universidad, y a claustro pleno aprueba la sentencia piadosa; confirma a Escoto el nombre de Doctor Sutil, y hace voto de celebrar cada año solemnemente la festividad del Misterio de la Inmaculada: tradición mantenida con tanto respeto, que en el año 1383 la misma Universidad decreta no graduar a sujeto alguno si primero no jurase defender la pureza original de María.—En nuestros días, Pío IX ha declarado dogma de fe la opinión teológica de Escoto.

Después de la victoria, Escoto se quedó en la Sorbona enseñando, y al pie de su cátedra vinieron a sentarse para oírle dos extranjeros: el mallorquín Raimundo Lulio, el florentino Dante Alighieri. Hallábase cierto día esparciéndose con sus alumnos por el Prado de los Clérigos, paseo escolar célebre en París, cuando recibió cartas del General de la Orden, que le mandaban pasar a Colonia de Agripina para fundar la Universidad y combatir a los begardos. Dijo adiós a sus acompañantes y echó a andar. Los discípulos querían que volviese al convento para despedirse, mas él respondió:—"El Padre General no me ordena volver al convento, sino ir a Colonia."—Hizo el viaje pidiendo limosna, y cuando entró en la ciudad, el lucido y numeroso concurso que le aguardaba se admiró viendo que el renombrado filósofo, la antorcha de Oxford, el campeón de la Sorbona, era un mendigo, descalzo, con remendada túnica, al hombro la alforja, que contenía mendrugos ofrecidos por la caridad popular. En Colonia sostuvo Escoto varias y empeñadas disputas, no sólo con los begardos, gente ínfima e ignorante en su mayor parte, sino con los dominicos, discípulos de Alberto Magno, que impugnaban la sentencia piadosa: en alguna de sus polémicas, inflamado en el fuego de la batalla, rompió en sudor copioso; salió a la calle para ir a su convento, y sobrecogido de mortal pasmo, no

pudo sino tenderse en la cama y rendirse a la muerte. Digno fin del incansable adalid del aula, del *Doctor Mariano*, perecer luchando y que sus últimas palabras fuesen argumentos. No había cumplido treinta y cuatro años cuando falleció (39). La celebridad de Escoto, la brillante y numerosa escuela filosófica que dejó formada y que creció singularmente en pocos años (40), le valió detractores: caso común en tiempos en que no era maravilla que una contienda teológica encendiese odios y costase sangre. Un siglo después del tránsito de Escoto, insinuaron algunos autores que había sido enterrado vivo: corrió otro siglo, y Paulo Jovio, médico italiano, de aquellos escritores escépticos y venales que pululaban en el Renacimiento, refirió el suceso, asegurando que Escoto, castigado por Dios con una apoplejía, y aceleradamente enterrado, se había roto la cabeza, en su desesperación, contra la bóveda del sepulcro: el dominico Bzovio, eterno enemigo de los franciscanos, añadió detalles horribles, describió a Escoto comiéndose las manos antes de expirar. Ocioso parece decir que la Orden de Menores se dió prisa a vindicar a su doctor y maestro; a la verdad, no eran rigurosamente necesarios los muchos y convincentes panegíricos de Escoto para desmentir la fábula, constando como consta que no fué enterrado en bóveda, sino en una fosa abierta en la tierra, conforme a su humilde instituto (41). Inspiró gran veneración el sepulcro del defensor de la Virgen; por algún tiempo el pueblo le rindió culto: la imagen de Escoto fué pintada con aureola en no pocos templos, y la fama de su elocuencia duró tanto, que al trasladar sus huesos díjose que manaba de ellos perfumada leche.

Realista como el Angel de las Escuelas, más todavía, Escoto tuvo sin embargo por discípulo al jefe de la escuela nominalista, Ockam. A pesar del contraste, la filiación escotista de Ockam se revela clara-

mente en muchos puntos: así como Escoto fundaba la certeza en la revelación y el orden universal en la voluntad divina, Ockam dió esta misma suprema voluntad por base a la ética: reconócese también por precedente de Escoto cuando renueva la teoría del conocimiento del alma por sus atributos. Es la aparición de Ockam un signo de los tiempos: filósofo de decadencia, pertenece a un siglo decadente y sombrío, el XIV, en el cual la escolástica presenta dos síntomas de caducidad: el predominio de los sistemas exclusivos y cerrados sobre los armónicos, el divorcio incipiente de la filosofía y la teología. Ockam nació en el condado de Surrey, a fines del siglo XIII, y enseñó brillantemente en París bajo Felipe el Hermoso. En su vida importa distinguir dos períodos: el anterior y el posterior a 1320. Durante el primero es indudable su ortodoxia; en el segundo, afiliado al partido cismático de Luis de Baviera, escribe sañudamente contra Juan XXII, diciendo al príncipe alemán: — “Defiéndeme tú con la espada, que yo te defenderé con la pluma” (42).—Triste espectáculo el del religioso abrazando la causa del poder temporal contra el espiritual, cuando ni aun le queda la disculpa de que la potestad de la tierra esté representada por un Ludovico Pío o un San Luis, sino por ambiciosos sin talento como el Bávaro, o mercaderes sin entrañas como Felipe el Hermoso. Ockam persistió en su separación de la Iglesia hasta 1349, año en que se humilla arrepentido, pide absolución de las censuras y se declara pronto a obedecer a la Santa Sede (43); por donde se ve cuánto yerra Tenneman y los que como él afirman que Ockam murió en Munich, perseguido, mas no domado. Si es cierto que Ockam escribió cosas intolerables en sus libelos contra Juan XXII, a quien combatió sin reverencia ni sobriedad; si se mostró cesarista, regalista y cismático en sus trabajos y obras filosófi-

cas, no contienen ninguna doctrina condenada por la Iglesia. Podrán los comentarios suyos que se leían en las aulas encerrar opiniones menos probables, pero a las cuales no faltan secuaces, y que corren con pie seguro en las escuelas teológicas, sin tacha de herejía. Bien cabe afirmar que, lejos de ser el nominalismo elemento de heterodoxia para Ockam, fué Ockam el que, con su conducta y actitud, hizo sospechoso el nominalismo. Este yacía muerto. Santo Tomás y Escoto lo habían sepultado bajo el peso de su dialéctica, cuando Ockam lo renovó, diciendo que, puesto que las ideas generales no tienen existencia independiente sino en las cosas o en Dios, y en las cosas no caben ideas generales y en Dios tampoco están como esencia independiente, sino como mero objeto de conocimiento, y en el intelecto lo mismo, las ideas generales son vanas entidades escolásticas, sin realidad alguna. Atacada así la noción de los universales, Ockam la emprendió con otra teoría célebre, la de las especies sensibles e inteligibles. Afirmaba la escuela que entre los objetos exteriores y el entendimiento humano servían de intermediarios unas imágenes, semejantes a las voladoras *Eidwa* de Demócrito. Las especies sensibles e inteligibles de la escuela; la distinción que ésta hace del objeto *quod* y *quo sentimus et intelligimus*, corresponden cabalmente al análisis claro, exacto y profundísimo de las operaciones del alma. Ockam corrigió los excesos de esta teoría, declarando que la única realidad es el objeto conocido y el sujeto que conoce, y formulando el axioma razonable:—"No multipliquemos entes sin necesidad; no hagamos con mucho lo que puede hacerse con poco" (44).—El príncipe de los nominalistas—que así fué llamado Ockam—tuvo discípulos insignes: Durando de Meaux, *Doctor resueltísimo*; Juan Buridan, gran partidario del libre arbitrio; Enrique de Hesse, matemático y

astrónomo; Raimundo de Sabunde; Adán Vodam; Gabriel Biel, que dió el golpe de gracia a las especies volantes, y en fin, Gerson. Caracteriza a la pléyade ockamista el amor de las ciencias físicas y del análisis, la independencia respecto del método y tradiciones de la escuela, y al par señalada tendencia mística. Los hombres más notables del siglo XIV, testigos de la ruina, de la exageración abstrusa de la escolástica, son místicos: Gerson, Taulero. Su melancolía no halla consuelo sino en Dios.

Para defenderse y combatir a Ockam se unieron escotistas y tomistas, todas las fuerzas del realismo. Como teólogo le acusaron de pelagianismo: y no obstante—importa repetirlo,—aquel nominalismo no fué formal herejía. En diversas Universidades católicas hubo cátedras de nominalismo ockamista. El año de 1473, habiendo el maestro Juan Boucart y los tomistas de París gestionado que el rey prohibiese la cátedra nominalista de la Universidad, los nominalistas probaron que en Bohemia habían sido sus doctrinas martillo de herejes. Juan de Hus, Jerónimo de Praga, eran en efecto escolásticos realistas. El primero sostuvo el crédito del realismo en la Universidad de Praga; el segundo denunció por heterodoxos a los nominalistas. La condena del Concilio de Constanza resolvió la duda: los dos heresiarcas bohemios en quienes renacía Wicleff, subieron a la hoguera.

San Buenaventura, Escoto, Ockam, se formaron en el claustro: no es el laico Raimundo Lulio inferior a ninguno de ellos. Con Abelardo, Lulio es el personaje más novelesco de los anales escolásticos; añadiremos que sobrepuja la poesía de su historia a la del amante de Eloísa. Mientras Abelardo, vencido y agriado por la mala ventura, arrastra su inútil existencia de asilo en asilo, de convento en convento, la personalidad moral e intelectual de Lulio crece y se

eleva y toca en las cumbres más altas, al través de los romancescos azares de su vida, coronada por heroica muerte. Atendido su carácter y condiciones, Raimundo Lulio es, antes que europeo, africano. Arrulló su cuna en Mallorca el himno del Mediterráneo: de un lado tiene Mallorca a España; en su parte más oriental, la florida Valencia, las soleadas vegas de Murcia; del otro a Italia, que envía a las Baleares las auras volcánicas de Cerdeña; enfrente el Magreb, la tierra musulmana, la misteriosa enemiga del Cristianismo. El padre de Lulio servía al Rey de Aragón cuando éste conquistó las islas. En el reparto le tocó lote considerable; avicinóse entonces con su consorte, Ana de Heril, en Palma: Raimundo nació tarde. Enviado en sus primeros años a la corte de Jaime I, le distinguieron su destreza, arrojo y gallardía, y de paje fué subiendo a senescal y mayordomo mayor. Aficionado a la caza, al lujo, a los placeres, él mismo nos dice en su poema *Desconort* cómo en la mocedad, olvidado del verdadero Dios, se entregó a deleites y carnalidades. No bastaron a moderar sus pasiones las bodas con la noble doncella Catalina de Labats: la esposa, nunca amada, se vió desairada presto, y Raimundo se prendó, con ardor meridional, de una dama genovesa llamada Ambrosia de Castelló, tras de la cual, causando gran escándalo, se metió a caballo por la iglesia de Santa Eulalia. Dióle cita entonces la dama, y descubriéndose el seno, le mostró, con triste sonrisa, la podredumbre de una úlcera. El efecto fué terrible: Raimundo sintió como si un rayo abrasase sus potencias y le inmutase todo: desde aquel mismo día comenzó dura penitencia; dirigióse en peregrinación, pidiendo limosna, a Santiago de Compostela y a Monserrate; pidió perdón a su mujer, castigó su propio cuerpo. Quería ir a París a estudiar ciencias; mas su amigo Raimundo de Peñafort le persuadió a meditar pri-

mero en la soledad. Ya germinaban en su mente tres grandes ideas: cruzada a Tierra Santa, predicación del Evangelio a judíos y sarracenos, demostración racional de las verdades religiosas: dedicóse a aprender de un esclavo la lengua árabe, y el esclavo, comprendiendo que el propósito de su amo y alumno era combatir el Corán, le asestó alevosa puñalada, dejándole por muerto. Curó, y al fallecer su esposa, repartida la hacienda entre sus hijos y los pobres, se retiró, vistiendo grosero saco, al monte Randa, donde hizo vida contemplativa y extática, derramando su corazón como agua en la presencia de Dios. Bajó a Palma, exhortando a convertirse a los pecadores: y refiere la leyenda que después de una noche pasada en oración, un arbusto que crecía a la puerta de su morada apareció dibujado en todas sus hojas de caracteres latinos, arábigos, griegos, dando a entender a Raimundo su destino cosmopolita (45). Llenos están aquellos lugares de tradiciones relativas a Raimundo: el día de la conversión de San Pablo, la gruta del monte Randa se impregna de fragancia celestial, la fragancia que allí derramó Cristo al curar al penitente enfermedad gravísima. Fuera de sí de amor, Lulio corría por prados y selvas en busca del Amado. Un día encuentra a un ermitaño junto a una fuente, y le pregunta el remedio para salir de prisiones, para dejar de amar en grado tan subido. Sus incendios místicos le llevan a anhelar que la vida se le acabe para reunirse al Amado; los pájaros del vergel le dan lecciones e inteligencia de amor; corre por las calles, pregúntanle las gentes si está loco, y él responde, como San Francisco, que ha perdido voluntad y entendimiento.

El retiro de Randa no fué sino comienzo de la vida activísima de Lulio. ¿De qué modo adquirió su ciencia? El pueblo creyó que por infusión, por inspiración, no explicándose cómo el ignorante y superficial